Freud's women

Autores: Lisa Appignanesi y John Forrester
Editorial: Other Press, New York.
 2nd edition, 2000,
 583 páginas.

¡Vaya título! ¡Qué fantasías y expectativas despertada en los (as) lectores (as)! En parte justificadamente, porque el tema de la relación de Freud con las mujeres –y la feminidad– ha sido objeto de apasionadas, bulladas y equívocas controversias, especialmente desde el surgimiento de las combativas corrientes feministas en la década del 60. De partida conviene recordar que nadie –mujer u hombre– tiene una posición privilegiada o una perspectiva monopólica para abordar la cuestión. En ciertos momentos o dadas determinadas circunstancias puede ser que una u otro esté en mejores condiciones de entender o iluminar determinados ángulos o materias. En todo caso, cualquier texto inteligente es bien venido en este espinudo asunto que toca las raíces más recónditas de la realidad humana. Y este libro es original y sus autores dan prueba de ser sutiles y perspicaces, están más allá de la moda, los lugares comunes y el panfleto ideológico. ¡Lo que no es poco decir! Como buenos y aplicados ciudadanos británicos, no sermonean ni reprenden ni adoctrinan sino exhiben sus argumentos con rigor, ascetismo y un elegante inglés, por momentos con fino humor o ironía *highbrow*. Por decirlo así, tienen respeto y empatía profunda hacia Freud y “sus” mujeres, esto es, no reflexionan desde la postura básica de la sospecha o desenmascaramiento, menos aún de vigilancia, según una poco afortunada expresión de Elisabeth Roudinesco.

Antes que nada ellos soslayan dos mal entendidos que se deslizan con porfía en la literatura. No se trata que Freud sea juzgado ante un tribu-

nal para ser condenado o absuelto (de quizás cuáles imputaciones reales o ficticias). Tampoco que el Freud del título significa un adjetivo posesivo (o no posesivo) en su interacción con el sexo femenino. De lo único que se trata es de tener una comprensión adecuada del papel central que jugaron las mujeres –familiares, pacientes, amigas, discípulas– en la vida del creador del psicoanálisis y en la obra misma del psicoanálisis, en *die Sache*, como gustaba decir a Freud. Y esto *sine ira et studio*. Y su primer hallazgo constituye el hilo conductor del libro: la mujer ha sido protagonista privilegiada en el psicoanálisis y ha estado presente desde sus inicios, lo que para la mayoría de los lectores puede constituir una sorpresa. Tanto se ha publicado sobre las disputas, rencillas y vocingleras rupturas con los varones que se ha olvidado, o pasado por alto, que Freud fue el primero en “escuchar” a la mujer – se entiende, en escucharla con propiedad. La *talking cure* de Anna O. es la contrapartida de una *listening cure*.

No son simples frases de defensa o justificación de Freud. Él aceptó y fomentó activamente el ingreso de mujeres en la “Sociedad Psicológica de los Miércoles” desde su fundación en 1902, fueran o no profesionales, en una época histórica en que existía una profunda resistencia o desconfianza a que ellas accedieran al mundo académico establecido. De ahí que el número de analistas fue creciendo de manera insospechada hasta el final de su vida: Emma Eckstein, Sabina Spielrein, Lou Andreas-Salomé, Helene Deutsch, Joan Riviere, Jeanne Lampl de Groot, Ruth Mack Brunswick, Marie Bonaparte, Eva Rosenfeld, Alix Strachey, Hermine Hug-Helmuth y, por último, su propia hija Anna. Además se les debe sumar aquellas que no estuvieron físicamente a su lado sino fueron partidarias de su doctrina pero a la distancia: Melanie Klein, Paula Heimann, Karen Horney, Susan Isaacs, Ella Freeman Sharpe, Marian Milner, Hanna Segal, Maryse Choisy, Eugénie Sokolnicka. Estas son las conocidas, empero a ellas se une un grupo más numeroso aún que no publicó o se dedicó a tratar abnegada y anónimamente a sus pacientes.

Las sorpresas no acaban aquí. Las investigaciones minuciosas de sus familiares, pacientes, amigas y seguidoras entregan datos y hechos inéditos que ayudan a completar una serie de lagunas que teníamos y a entender muchos enigmas, así como a desmitificar leyendas y a rectificar prejuicios infundados. Los triángulos Sabina Spielrein-Jung-Freud o Loë Kann-Jones-Freud constituyen una enseñanza ejemplar sobre los riesgos e insuficiencias de las personas, las técnicas y la contratransferencia, que se junta al poliedro de Elma-Gizella Pálos-Ferenczi-Freud tratado por Forrester en otro libro (*Dispatches from the Freud wars. Psychoanalysis and its passions*, 1997). Aprendemos mucho sobre las primeras pacientes de Freud, aquellas pioneras legendarias que le sirvieron de acicate vivencial para elaborar su teoría, como Dora (Ida Bauer), Anna O. (Bertha Pappenheim), Katharina (Aurelia Kronich), Elisabeth von R. (Ilona Weiss), Emmy von N. (Fanny Moser), Cécilie M. (Anna von Lieben). A lo anterior se suma la descripción meticulosa de las interacciones cotidianas de Freud con sus más cercanas colaboradoras que le estimularon intelectualmente a forjar sus proyectos científicos más queridos por él: pulsión de muerte, principio de nirvana, actividad-pasividad, masoquismo, primacía de la figura de la madre, etc. Aquí entran Helene Deutsch, Sabina Spielrein, Barbara Low, Eva Rosenfeld, Dorothy Burlingham. Sin embargo, la pregunta sigue en pie trascurridos todos estos años de investigación en la vida de Freud: este conocimiento ¿nos permite coger mejor las intenciones de Freud que era saber sobre su inconsciente profundo, develar su mundo interior oculto que funciona de modo rigurosamente enajenado? De cualquier modo, nos interiorizamos en las batallas que Freud dio para superar sus propios conflictos y los de sus pacientes y allegadas.

La obra se divide en cuatro secciones de diferente alcance y propósito: el romance familiar de Freud, la invención del psicoanálisis, una profesión de mujeres y el problema de la feminidad. La última trata la complicada evolución de la teoría de Freud sobre el ser femenino y algunas

de las modificaciones y refutaciones que ha sufrido entre discípulas y opositoras; algo queda establecido más allá de toda duda, de que para él lo femenino es una adquisición histórica y no una dotación biológica. Las otras tres oscilan entre biografías bien documentadas, patografías, interpretaciones profundas y la historia del movimiento psicoanalítico: aquí brillan los autores por la amplia erudición que poseen en el campo de la literatura, arte, historia, cultura y ciencia, que les permite plantear conexiones iluminadoras y de amplio vuelo.

Detenernos en cada tema interesante o estimulante daría para escribir largo. Mencionemos un solo asunto por su trascendencia para Freud. Si hay un enigma en la vida de Freud es la naturaleza íntima de la relación que él mantuvo con su madre y con su esposa Martha. Appignanesi y Forrester reconocen su perplejidad y, en forma tentativa, tratan de conectar este triángulo con los trabajos de "La interpretación de los sueños" (1900), "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" (1910) y especialmente "El motivo de la elección de los cofrecillos" (1913). Este último versa sobre el destino de la mujer en la vida de un hombre, destino que se esconde tras las figuras de las tres hijas como representantes de las Parcas: la madre (Amalie), la esposa (Martha) y la muerte (Anna o Cordelia). ¿No resulta inaudito que se haya escrito tan poco desde el ángulo psicodinámico sobre la rica interconexión entre estas mujeres y la decisiva huella que dejaron en la existencia de Freud? ¿Hubo en realidad "dos" madres? ¿Existieron deseos de muerte hacia Anna, que condicionaron el futuro de ella y su pasión hacia su padre? ¿Por qué el único sueño sobre su madre relatado en 1900 fue el de la muerte de ella: "Vi a mi querida madre, con una expresión de rasgos especialmente pacíficos, durmiendo, que es llevada dentro de la pieza por dos (o tres) personas con picos de pájaros y que la colocan sobre la cama"? De hecho, su madre, su esposa, su cuñada y sus hijas son estudiadas en importantes apartados, aunque estos tienen sabor a poco. La única excusa o explicación es que por su carácter y modo de tratar sus asuntos privados,

Freud fue muy diferente a los personajes de nuestra promiscua época en que se ventilan todo tipo de indiscreciones con pachorra (todavía hay guardados en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos una cantidad de documentos que sólo podrán ver la luz en el año 2113). Quizás por esto se quejaba de él, después de conocerlo, la poetisa francesa –tan de salón parisino– condesa Anna de Noailles: “¡Qué hombre tan espantoso! Estoy segura que nunca ha sido infiel a su esposa. ¡Es completamente anormal y escandaloso!”.

Ya hemos acentuado las virtudes por las cuales resulta apasionante leer este texto. Los autores Lisa Appignanesi y John Forrester se dividieron la ardua tarea de acuerdo a sus intereses y profesiones y, para seguir el espíritu del maestro, no terminaron con una guerra de los sexos sino con “una mutua edición, donde cada parte del libro tiene una doble impronta”. Al final dejan abiertas varias interrogantes entre las que resalta una: “¿Qué clase de futuro le espera al psicoanálisis en una era de hipermoralismo, cuando la construcción, aseguramiento y protección de las

identidades han llegado a ser proyectos que simultáneamente son políticos y tecnológicos, y cuando la sexualidad se ha hecho virtual?”. Pero siempre que uno habla de Freud termina agregando una sentencia que, no por repetida, es menos cierta: él siempre fue más sutil, profundo y complejo que el protagonista que describen los libros, por meritorios que estos sean para caracterizarlo. De ahí que resulte inevitable que finalicemos con sus enigmáticas palabras que le escribió a Marie Bonaparte (aunque esta carta no está a disposición del público), palabras que se han repetido demasiado mecánicamente sin coger la problematicidad última que tenían para Freud viejo: “La gran cuestión que nunca se ha respondido, y que yo no he sido aún capaz de responder, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es *Was will das Weib?* [¿Qué quiere la mujer’]”

GUSTAVO FIGUEROA C.
Editor Asociado de Psiquiatría